

CAPITULO XVI.

« La compañía de ese bribon me ha hechi-
 » zado. El diablo me lleve si el pícaro no me
 » ha dado algun filtro para que yo le amara.
 » No hay duda, algun filtro he tomado yo. »

(SHAKSPEARE. *Enrique IV*, segunda parte.)

POR espacio de quince dias el anticuario no dejó de preguntar al viejo Caxon si sabia algo de Lovel; y todo lo que pudo adquirir fué que habia recibido dos ó tres pliegos procedentes del sud, pero que no se le encontraba jamas por las calles de Fairport, y que nadie sabia lo que se hacia.

— Pero ¿ como vive, Caxon ?

— ¡ Oh ! mistress Hadoway le prepara un beef-steak, chuletas de carnero, un pollo asado, en fin lo que ella misma prefiere, y come en la salita roja junto á su cuarto de dormir. Le presenta todas las mañanas su té, y el señor Lovel paga exactamente todas las semanas.

— Pero ¿ no sale nunca de casa ?

— Ha renunciado enteramente al paseo. Pasa todo el santo dia sentado en su cuarto, leyendo ó escribiendo. No puedo decir á usía

cuantas cartas ha escrito, pero no las echa en el buzón de Fairport, por mas que mistress Hadoway le haya ofrecido llevarlas ella misma; las envia bajo cubierta al jerife, y mistress Mailsetter cree que este las manda echar al correo en Tannonburg por su criado. Yo pienso que sospecha que hay en Fairport curiosos que desean leer sus cartas, y acaso no lo yerra, porque mi pobre hija Jenny.....

— ¡ Diablo !..... no vengas á incomodarme con tu gente femenina, Caxon. Hablemos de ese pobre jóven. ¿ Con que no escribe mas que cartas ?

— ¡ Oh ! no por cierto; llena tambien pliegos de papel de otras cosas, segun me ha dicho mistress Hadoway. La pobre muger ha hecho todos sus esfuerzos para que salga á tomar un poco el aire, porque le observa mal color, y cada dia va perdiendo el apetito; pero no, señor, no quiere absolutamente pasar del umbral de la puerta, cuando ántes salia á paseo tan á menudo.

— Hace mal. Ya me figuro en lo que se ocupa, pero nunca se debe trabajar con exceso. Iré á verle hoy. Sin duda no piensa mas que en la Caledoniada.

Tomada por Oldbuck esta magnánima resolución, se dispuso inmediatamente á ejecutarla. Calzóse los zapatos de doble suela, tomó

su baston con puño de oro, y salió repitiendo las palabras de Falstaff, que hemos puesto á la cabeza de este capítulo, pues él mismo estaba sorprendido del alto grado de adhesion y afecto que habia concebido por el extranjero.

Un viage á Fairport era una aventura extraordinaria para el señor Oldbuck, una empresa que no apechugaba con gran placer.

No podia sufrir que le detuviesen por las calles, y siempre encontraba en ellas algunos ociosos que le acometian, ya fuese para preguntarle que habia de nuevo, ó por alguna otra bobería semejante. Apénas entró en la ciudad, cuando le saludáron con la siguiente arenga: — Buenos dias, Monkbarns; ¿ha leído vm. el diario de hoy? Se dice que la grande empresa se verificará dentro de quince dias.

— ¡Ojalá que estuviese ya verificada y rematada, respondió Oldbuck prosiguiendo su camino, para no oír hablar mas de ello!

— No dudo, fué á decirle otro, que quedó usía contento de las flores que le procuré. Si desea usía cajillas de jacintos de Holanda, ó bien, añadió bajando la voz, uno ó dos barriles de nebrina de Hamburgo, uno de mis barcos llegó ayer.

— Muchas gracias, señor Crabtree, mu-

chas gracias, no lo necesito por ahora, respondió el anticuario sin detenerse.

— Señor Oldbuck, le dijo el secretario de la municipalidad, personage mas importante que le impidió el paso poniendosele delante de sopeton, el alcalde sabiendo que se halla vm. en la ciudad, le ruega con instancia que no se vaya sin haberle visto. Desea hablar con vm. relativamente al proyecto de traer á la ciudad el agua de Fairwell-Springs, porque es preciso que pase por parte de las tierras de vm.

— ¡Que diablo!.... ¿no puede hallar otras tierras que las mias para escavar y cortar? Respondale vm. de mi parte que nunca lo permitiré.

— Es que el alcalde y el ayuntamiento, continuó el secretario, estan de acuerdo para indemnizar á vm. con las antiguas estatuas de piedra de la capilla de Donagild, que saben deseaba vm. poseer.

— ¡Como! ¿como!..... ¡oh! esto es otra cosa. Pues bien, iré á ver al alcalde, y hablaremos del asunto.

— Cuidado no tarde vm., señor Monkbarns, si quiere que no le escapen las estatuas, pues el diácono Harlewalls piensa que serian muy á propósito para adornar las nuevas casas consistoriales, poniendo á los dos lados de la

puerta principal las dos estatuas de las piernas cruzadas, conocidas por Robin y Bobbin, y encima la otra llamada Ailie Dailie. El diácono dice que será esto de muy buen gusto, por el estilo gótico moderno.

— ¡Libreme el cielo de esta maldita generacion de Godos!.... ¡El monumento de un caballero templario á los lados de un pórtico griego, y una virgen encima de la puerta!.... ¡*O tempora!* Pues bien, diga vm. al alcalde que permito que pase el agua por mis tierras, pero que quiero absolutamente adquirir las estatuas. Gran dicha ha sido por cierto que yo haya venido hoy á Fairport.

Separáronse recíprocamente satisfechos; pero el astuto secretario tenia sobrado motivo para felicitarse de su ocurrencia. Tal era y muy ingeniosa la proposicion del cambio de un monumento que la municipalidad habia determinado destruir porque incomodaba el tránsito de la gente, por el derecho de hacer venir el agua á la ciudad por las tierras de Monkbarns.

Despues de muchas otras semejantes interrupciones, llegó por fin Oldbuck á casa de mistress Hadoway. Esta buena muger era viuda de un ministro, y la prematura muerte de su marido la habia reducido á aquel estado inmediato á la indigencia, en que suelen ve-

getar las viudas de los individuos pertenecientes al clero de Escocia. Mistress Hadoway se ingeniaba alquilando un cuarto amoblado en la casa donde vivia; y como habia encontrado en Lovel un inquilino de buena conducta y mejores calidades, que pagaba puntualmente, y se conducia con la mayor honestidad y delicadeza en las relaciones que entre ellos debian necesariamente mediar, la pobre señora, que no estaba sin duda acostumbrada á encontrar todas estas prendas reunidas en los que alquilaban su cuarto, habia cobrado mucho afecto al señor Lovel, y le guardaba todas las atenciones que podian exigir las circunstancias. Preparar un plato con mayor esmero de lo acostumbrado para la comida del pobre jóven, emplear su crédito con aquellos que se acordaban todavía de su marido ó que manifestaban algun interes por ella, para procurarse legumbres tempranas ó alguna otra cosa que se imaginaba podria abrir el apetito al señor Lovel, eran otros tantos cuidados á que se dedicaba con mucho gusto, por mas que los ocultase con escrupulosidad al que era el objeto de ellos. No hacia misterios de su benevolencia, á fin de evitar las vayas é indirectas de los que hubieran podido suponer que un rostro oval, un par de ojos negros, una tez algo morena, pero de buen co-

lorido, aunque pertenecientes á una muger de 45 años, y medio ocultos bajo un tocado de viuda, no habian renunciado del todo á las amorosas conquistas; nada de eso, porque como esta sospecha ridícula no se habia presentado á su imaginacion, no pudiera figurarse que los otros la concibiesen. Si ocultaba á su huésped todo el interes que tomaba por él, era solamente por delicadeza, porque le creia mas generoso que rico, y temia que no le sirviese de pena dejar sus atenciones sin recompensa. Mistress Hadoway abrió la puerta al señor Oldbuck, y la sorpresa que experimentó al verle llenó sus ojos de algunas lágrimas que apenas pudo reprimir.

— ¡Cuanto celebro ver á vm., caballero, mas de lo que vm. puede figurarse! temo que mi pobre jóven no esté gravemente enfermo, y á pesar de esto no quiere recibir ni al médico, ni al ministro, ni al abogado. Considere vm. que desgracia si un hombre llegaba á morir en mi casa sin haberse puesto en contacto con las tres doctas facultades, como decia mi pobre Hadoway.

— Pues yo juzgo que esto es lo mejor que puede hacer, murmuró el cínico anticuario. Sepa vm. para su gobierno, mistress Hadoway, que el clero vive de nuestros pecados, la medicina de nuestras enfermedades, y la

justicia de nuestros disparates y de nuestras desgracias.

— ¡Quite vm., Monkbarns, es posible que le oiga hablar de este modo!.... pero vamos á subir, y le verá vm..... ¡Que lástima!.... ¡tan buen muchacho! cada día va perdiendo mas el apetito; si hace semblante de tomar un bocado, es solo para disimular..... Bien se le conoce en las mejillas, cada vez mas hondas y mas pálidas.... parece tan viejo como yo, que podria serle madre.... es decir no del todo, pero no le falta mucho.

— ¡Por que no hace ejercicio?

— Creo que por fin se lo habrémos dado á entender, porque ha comprado un caballo á Gibbie Colightly, el chalan.... ¡Oh! entiende mucho en caballos, el mismo Gibbie lo ha dicho á nuestra criada. Le habia ofrecido una jaquita que creia suficiente para un hombre que tiene siempre un libro ó la pluma en la mano, pero el señor Lovel ni siquiera quiso mirarla, y compró otro digno del Maestro de Morphie. Lo tiene en la posada de las *Armas de Grames*, en la calle mayor; hizo una carrera ayer por la mañana, y otra hoy ántes de almorzar. Pero ¿no quiere vm. subir á su cuarto?

— Al momento. Digame vm., ¿nadie le viene á ver?

— Ni una alma, señor Oldbuck. Como no quiso ver á nadie cuando estaba bueno y alegre, ahora que se halla enfermo, no tiene ni una sola visita.

— Es natural que así suceda, y lo contrario me hubiera maravillado. Pues bien, guíeme vm., mistress Hadoway, no sea que equivoque el cuarto.

La buena huéspededa precedió al señor Oldbuck, subiendo por una escalera estrecha, avisándole cada vez que debía girar, y lastimándose á cada escalon de verse obligada á hacerle subir tan alto. Por fin llamó suavemente á la puerta. — Adelante, dijo Lovel; y entónces fué cuando el señor Oldbuck se presentó á su jóven amigo.

El aposento era pequeño, pero limpio y regularmente alhajado. Cubria las sillas una especie de tapicería, obra de mistress Hadoway; pero no corría el aire, era muy sufocado, y al señor Oldbuck le pareció mal sano para un jóven de salud delicada, observacion que le determinó á adoptar un plan que habia ya trazado relativamente á Lovel. Estaba el jóven sentado en un sofá, en bata y chinelas, tenia delante una mesa cubierta de libros y de papeles. El anticuario se afligió mucho por la mudanza que notaba en él; su estremada palidez hacia resaltar, con doloroso contraste,

una mancha de púrpura del centro de sus mejillas, muy diferente de aquel tinte encarnado, indicio poco ántes de la mas brillante salud. Oldbuck observó que llevaba pantalon y chaleco negros, y que habia en una silla una cascaca del mismo color. Viéndole entrar, Lovel se levantó para recibirle.

— He aquí una prueba de amistad, le dijo estrechándole la mano, una verdadera prueba de amistad que agradezco á vm. infinito. Me ha ganado vm. por la mano, pues contaba ir á hacerle cuanto ántes una visita. ¿Sabe vm. que tengo caballo?

— Ahora me lo decia mistress Hadoway. Deseo á vm. muy de veras que haya encontrado uno manso y sosegado, porque á mí me sucedió una vez que, habiendo perdido el entendimiento hasta el punto de comprar un caballo al mismo Gibbie Golightly, el maldito cuadrúpedo me llevó, á mi pesar, mas de dos millas detras de unos perros con quienes tenia tanto que ver como con la nieve del año pasado; y despues de haber contribuido, á lo que entiendo, á la diversion de todos los cazadores, tuvo la bondad de echarme en un foso sin agua. Espero que su caballo de vm. se portará de otro modo.

— Me lisonjeo por lo menos de que se mostrará mas dócil.

— Es decir que se considera vm. perfecto ginete.

— No tal, pero no concedería tampoco que no sé montar.

— ¡Oh! ya se vé. Los jóvenes del dia mas quisieran pasar por sastres que por malos caballeros. ¿Pero ya tiene vm. experiencia en esta parte? *Experto crede*; un caballo desbocado no conoce á nadie.

— El año pasado.... cuando era edecan de sir.... en la batalla de.... ví á muchos oficiales desmontados, que se preciaban de ser mejores ginetes que yo.

— ¡Ah! ¡ah! ¿con que vm. ha visto facha á facha al formidable Dios de las batallas? ¿Conoce vm. las duras facciones de Marte *armipotens*? Bravo, no le falta á vm. requisito alguno para escribir una buena epopeya. Sin embargo tenga vm. presente que los Bretones combatian en carros. *Covinari*, es la espresion de que se sirve Tacito. Ya se acuerda vm. de la hermosa descripcion cuando se precipitaron sobre la infantería romana, por mas que diga aquel famoso historiador que el terreno escabroso no era muy propio para un combate de caballería. A mas de que ignoro que especie de carros hayan podido nunca hacerse transitar por la Escocia, á no ser por los caminos reales. — Ahora bien.... veamos;

¿las musas le han favorecido á vm.? ¿ha compuesto vm. algo?

— Mi tiempo ha tenido que emplearse menos agradablemente, respondió Lovel echando una mirada á su casaca negra.

— ¿La pérdida de un amigo, tal vez?

— Sí, señor Oldbuck, del solo amigo que acaso pudiese lisonjearme de poseer.

— ¿De veras?.... Pues bien, consuelese vm. La muerte, arrebatando á vm. un amigo mientras que el recíproco afecto duraba todavía, mientras que sus lágrimas de vm. podian verse sin estar llenas de amargura por algun recuerdo de frialdad, de desconfianza ó de perfidia, le ha libertado á vm. de un desgano todavía mas penoso. Eche vm. una mirada en torno suyo: ¿á cuantos ha visto vm. conservar en su vejez el afecto de aquellos que en los años de la juventud les estaban unidos con los lazos de la mas estrecha amistad? Las fuentes de placer, comunes á todos los hombres, se van secando poco á poco á medida que se internan en el valle de los años, y entonces se procuran otros goces de que quedan escludidos los primeros compañeros de su peregrinacion. Los celos, la rivalidad, la envidia, contienden á porfía para ver quien logrará privarnos primero de nuestros amigos; solo permanecen con nosotros los que estan acos-

tumbrados á ello mas pronto por habitud que por eleccion, y que unidos con nosotros con los vínculos de la sangre, mas que con los de la amistad, sirven y obsequian al anciano mientras vive, para que no los olvide en su testamento.

Hæc data pœna diu viventibus (1).

¡ Ah, señor Lovell!..... si el destino tiene resuelto que llegue vm. á la triste y fria estacion del invierno de la vida, solo considerará vm. las penas de su juventud como ligeras nubes que han interceptado un instante los rayos del sol naciente. Pero tal vez obligo á vm. á oir verdades que ofenden demasiado la sensibilidad de vm.

— Agradezco mucho sus buenas intenciones, señor Oldbuck, pero una herida reciente es siempre dolorosa, y la conviccion de que el resto de mi vida no me ofrece mas que una serie consecutiva de pesares, es, permitame vm. que se lo diga, un débil consuelo en la amargura que experimento. Disimule vm. tambien si añado que nadie á mi entender tiene menos motivo que vm. para considerar la vida del hombre bajo un punto de vista tan lúgubre y sombrío. Disfruta vm. de una

(1) Pena destinada á los que viven mucho.

fortuna regular, es vm. generalmente respetado, puede vm., por hablarle en su idioma, *vacare musis*, y entregarse á las doctas investigaciones de su pasion favorita; encuentra vm. agradables reuniones fuera de su casa, y posee vm. una deliciosa en el interior de la suya, en el seno de una familia amable que le estima y venera.

— ¡ Oh! no lo niego, mi gente femenina, gracias al buen orden que tengo establecido, es civil y tratable. No me distraen de mis estudios por la mañana, y cuando despues de comer ó de haber tomado el té me da la gana de descansar un poco, andan por el cuarto con la prudencia y la ligereza de un gato. Todo esto es muy bueno, pero me falta alguien con quien conversar, con quien poder hacer un cambio de ideas.

— ¡ Y por que no procura vm. que venga á habitar en su casa su sobrino el capitan Mac-Intyre, que todo el mundo cita como un jóven lleno de talento, y valiente como el que mas?

— ¡ Quien! ¿ mi sobrino Hector? el *Hostpur* (1) del norte. ¡ Dios me libre! preferiria arrojar á mi quinta un tizon encendido. Es un Almanzor, un Chamont (2); tiene una genea-

(1) Héroe exaltado de Shakspeare.

(2) Otro héroe baladron.

logía montañesa mas larga que su tizona, y á fé que creo que lo es mas que la calle mayor de Fairport. La última vez que vino aquí, ¿no me la quiso desenvainar contra el cirujano de la ciudad? Le aguardo de dia en dia, pero yo tendré buen cuidado de conservarle á una distancia respetuosa..... ¡El alojarse en mi casa! mis mesas y mis sillas temblarian de miedo al verle..... No, no, lejos de mí tal sugeto; pero escuche vm., señor Lovel, vm. es un jóven de buen genio y mejor carácter, amable y pacífico; ¿no seria mejor que sentase vm. sus reales por un mes ó dos en Monkbarns, puesto que al parecer no hace vm. ánimo de abandonarnos tan pronto? Mandaré abrir una puerta en el jardin; el gasto será una bagatela, porque ya la hubo antiguamente; todavía se conoce la señal. Por esta puerta podrá vm. bajar de la cámara verde al jardin sin incomodar á su buen amigo, y no hay peligro tampoco que él le incomode á vm. Por lo que hace á la comida, mistress Hadoway me ha dicho, por valermé de sus propias espresiones, que era vm. muy sobrio de la boca; así se contentará vm. con mi modesto ordinario. Se le lavará á vm. la ropa.....

—Caro señor Oldbuck, exclamó Lovel reprimiendo con trabajo una sonrisa que estaba por escaparsele, ántes que su hospitalidad de

vm. acabe de detallar todas las ventajas que encontraria en su casa, permitame vm. que le tribute el homenaje de mi gratitud por tan obsequioso ofrecimiento que me es imposible aceptar en esta ocasion. Es probable que dentro de poco abandonaré la Escocia; pero ántes espero que tendré la dicha de poder pasar algunos dias en su casa de vm.

El anticuario se sorprendió al oir esta respuesta. —Yo me lisonjeaba, le dijo, de poder arreglar la cosa de modo que conviniese á los dos. ¿Quien es capaz de saber lo que al fin y al cabo puede suceder? Tal vez no nos separáramos mas. Yo soy dueño absoluto de mis bienes, gracias á mis antepasados que tuvieron mas juicio que orgullo; no existe ningun vínculo en mi casa, puedo dejar todo lo que poseo á quien me diere la gana. ¡Hay cosa mas ridícula que tener una serie de herederos designados, ensartados uno tras otro como los papeles de la cola de una milocha! Mi inclinacion puede volverse á derecha é izquierda sin obstáculo alguno, y el vuelo de mi predileccion es enteramente libre. Pero veo que nada es capaz de tentar á vm. en este momento; sin embargo, la Caledoniada sigue siempre adelante: ¿no es así?....

—¡Oh! ciertamente, respondió Lovel, no seria justo abandonar un plan tan feliz....

— Felicísimo sin disputa, replicó el anticuario alzando los ojos con gravedad; pues, por mas que fuese un juez bastante sensato é imparcial de los planes trazados por los demas, tenia naturalmente formada una opinion acaso demasiado favorable de los que él mismo proyectaba. — Es una de aquellas concepciones, continuó, capaces de borrar, si la ejecucion corresponde al argumento, el defecto de frivolidad que se vitupera en la literatura del siglo presente.

Llamaron en este instante á la puerta, y mistress Hadoway entregó una carta á Lovel, diciendole que un criado aguardaba la respuesta.

— Este billete interesa tanto á vm. como á mí, dijo Lovel al anticuario, entregandoselo despues de haberle leído por encima.

Era una carta de sir Arthur Wardour, concebida en los términos mas atentos. Lastimabase de que un ataque de gota le hubiese privado hasta entónces de ir él mismo en persona á dar las gracias al señor Lovel del servicio importante que le habia hecho pocos dias ántes; pero esperaba que le dispensaria de esta ceremonia, y que tendria la bondad de unirse á una pequeña comitiva que se proponia ir á visitar el dia siguiente las ruinas del priorato de San Ruth, comer en seguida en Knock-

winnock, y pasar allí la velada. Acababa por decir que habia convidado la familia de Monkbarns á aquella diversion, y designaba la reunion general en un punto situado casi á igual distancia de la habitacion de todos los que debian formar la comitiva.

— ¿Que harémos? preguntó Lovel al anticuario, por mas que estuviese seguro de la respuesta.

— Irémos, amigo mio, irémos. ¿Que dificultad ha de haber? Eso lo pagará una silla de posta. A ver, contiene tres puestos, uno para vm., otro para mí, y el tercero para Mariquita Mac-Intyre. Bravo; por la otra hembra de casa, la enviaremos á pasar el dia con el cura, y así podrá vm. volver á Monkbarns en la silla, atendido que pienso tomarla por mañana y tarde.

— Creo que me será mejor echar mano de mi caballo.

— ¡Oh! ciertamente; ya no me acordaba del bucéfalo: sin embargo, creo que no acierta, y no valga por dicho, el que prefiere las piernas de otra criatura á las que le ha dado la naturaleza.

— Las del caballo tienen la ventaja de andar mucho mas aprisa, y de ser en número doble; he aquí el motivo por que yo me inclino....

— Basta, basta, haga vm. lo que mejor le

convenga. En este caso, me traeré á Grizzy ó al ministro, porque, cuando pago caballos de posta, me gusta sacar de ellos todo el partido posible. Asi pues nos hallaremos en la barrera de Tirlingen el viérnes próximo á mediodía en punto.

Arreglado así el negocio, separáronse los dos amigos.



CAPITULO XVII.

- » Aquí era do en otro tiempo
- » Con edificante voz
- » Los devotos solitarios
- » Loaban al Criador.
- » Aquí el odio y la venganza
- » Reprimian su furor,
- » Y esento de sus pesares
- » Respiraba el corazon.
- » Del fiero remordimiento
- » Templaba el martirio atroz
- » La piedad consoladora,
- » Hija de la religion.
- » Y el orgullo despojado
- » De su ficticio esplendor,
- » Al santo arrepentimiento
- » Algunas veces cedió. »

(CRABBE.)

LA mañana del viérnes fué tan hermosa como si no se hubiese proyectado ninguna salida al campo, lo que es un acontecimiento bastante raro tanto en la realidad como en las novelas. Lovel, que sentia la saludable influencia de la estacion, y confiaba volver á ver cuanto ántes á miss Wardour, mostróse muy alegre y risueño, cosa que no sucedió mucho tiempo habia. La perspectiva del porvenir se le pre-